

**SALVADOR CAYUELA VIZCAINO**  
**Septiembre de 1976, un recorte de prensa con**  
**un cabrileño como protagonista**



**José Garzón del Peral**

*T*reinta años adormecida en el rincón de algún cajón de la vieja cómoda. Tras el fallecimiento de mi padre y en los minuciosos registros que, quizá con la intención de hurgar y revivir el pasado, realizamos los hermanos, llamó mi atención un sobre de “papel tela”, tristemente en desuso, con el franqueo, matasellos y dirección intactos. La grafía era mía. ¿Qué podría contener el sobre y por qué lo guardó con tanto mimo durante treinta años?

Me costaba recordar, los recuerdos estaban enturbiados, era como si me pesara la memoria. Tuve que abrir nerviosamente el sobre y sonreír ante la constatación, una vez más, del cariño de mi padre a todo lo relacionado con el pueblo.

Salvador Severino, que ese era su nombre “de pila”, Cayuela, nació en Cabra del Santo Cristo el once de febrero de mil novecientos ocho. Sus padres fueron Martín Cayuela

Ruíz e Isabel Vizcaíno Serrano, esta última aunque natural de Cabra con ascendencia de Carboneras (Almería).

La entrevista de El Correo de Andalucía a Salvador Cayuela refleja un conglomerado de situaciones, emociones y sentimientos, a veces encontrados, que transcurren desde la juventud,-con lo que pueda tener de aventurera y exaltada-, a la madurez,-con la sabiduría acumulada que proporcionan los años-.

En ese reabrir viejas heridas y recuperar anécdotas en los términos de su conflicto humano, reconoce haber “reconducido” órdenes encaminadas a realizar actos que injuriasen su dignidad; en todo momento se nos presenta como un demócrata convencido, con un gran espíritu de concordia y amor al prójimo. Y todo ello a pesar de la retahíla de infortunios que tuvo que vencer.

Como los buenos toreros Salvador nació para morir toreando, no para verse indefenso y atormentado por un conflicto que nunca debió surgir.

## EL ARTÍCULO.

**José Álvarez. El correo de Andalucía, 23 de Septiembre de 1.976**

**AHORA PORTERO DE UNA RESIDENCIA DE ANCIANOS.**

**ANTES, MILITAR MONÁRQUICO, GUARDA DE ASALTO, COMANDANTE REPUBLICANO Y REFUGIADO POLÍTICO.**



*“Yo nací en una casa grande con lujos y comodidades. Cuando tenía nueve años se murió mi madre. He nacido en la abundancia y me crié en la humildad. Mi padre era tan bueno que lo dio to a quien no tenía na.”*

Así cuenta parte de su vida Salvador Cayuela Vizcaíno. Hoy, portero de la residencia de ancianos de San Juan de Dios de nuestra ciudad. Ayer, militar monárquico, guardia de asalto, comandante de las tropas republicanas, condenado a noventa años de cárcel, refugiado político.

Con setenta años, el pelo blanco y el pulso templado *“No hay derecho a detener a nadie por expresar sus ideas. Esta fue una de las cosas que me apartaron un poco de la República, el que no se respetaran las ideas ajenas, cuando la Constitución republicana así lo demandaba”*

¿Pero usted sigue siendo monárquico?

- No, jugué tan bien el papel de republicano, que al final me convertí en uno más.

¿Qué le impulsó a alistarse a las filas del Ejército?

- Cuando tenía 19 años murió mi padre. De pequeño había vivido en la abundancia, pero con esa edad en casa no quedaba nada. Por esa razón decidí meterme en el Ejército.

¿Qué graduación alcanzó?

- Iba a recibir los galones de sargento cuando se proclamó la República. Entonces me ordenaron que me alistase a la Guardia de Asalto.

¿Y como militar monárquico aceptó un puesto de policía durante la República?

- Fue una orden de mis superiores y yo siempre he sido una persona muy disciplinada.

En Madrid vivió un año como “policía especial” y cuenta que no lo pasó muy mal. Volvió a Sevilla al estallar la huelga de los trabajadores del puerto.

## **SÓLO UNA VEZ**

¿Dio muchos palos en Sevilla?

- No, ni siquiera tuvimos que intervenir. Sólo en una ocasión me vi obligado a pegar. Fue en Tetuán, mientras le colocaba las esposas a un borracho. Este comenzó a gritar: “mira cómo me llevan los asesinos...”

Salvador se cansó un poco. Quizá no confiara en la suerte de la República porque él era un profundo católico. Pidió la excedencia y se marchó a Barcelona.

- Pero el destino quiso que volviera a ser “policía especial”. Cuando llegué a la ciudad condal, un numeroso grupo de personas se manifestaba con gritos de “Viva Cataluña Libre. Muera España”. ¡Aquello era demasiado! Vi como dos policías de la Generalitat contemplaban impasibles el grupo. Los detuve y los llevé a la Jefatura Estatal de Policía. Me pidieron que actuara como policía secreta.

¿Dónde estaba cuando se inició la guerra?

- En Madrid. Y me puse del lado de los republicanos. ¿Qué iba a hacer?

¿No tenía otro camino?

- Yo estaba en la cárcel. Me habían condenado por participar en un mitin de los obreros de la construcción madrileños que había organizado la C.N.T. Evidentemente, ya no era policía.

Me han dicho que fue usted alcalde de un pueblo de Jaén.

- No, aunque el secretario general de Izquierda Republicana, José Carreño España, me propuso como alcalde de mi pueblo natal, Cabra del Santo Cristo. Entonces estaba soltero y

pensé que me aburriría en un pueblo tan pequeño. Decidí quedarme en Madrid, formando políticamente a cientos de jóvenes.

¿Qué tal le fue en aquéllos tiempos de guerra y de venganzas?

- No maté a nadie. Al contrario, he salvado a mucha gente de ser ejecutada. Recuerdo que querían fusilar a la familia Urquijo y gracias a mi intervención no les pasó nada. Siempre me pareció estúpido matar a un hermano. Y eso fue nuestra guerra; una guerra estúpida.

Sin embargo terminó la guerra de comandante.

- Decían que era un buen jefe y un auténtico militar, algo que escaseaba en las filas republicanas. A mis hombres le mandaba disparar a una altura mínima de un metro ochenta. La cuestión era que el enemigo se rindiera o retrocediera. Además, yo me había casado durante la guerra y era consciente de lo que vale una vida.

¿Cuánto cobraba?

- Unas mil quinientas pesetas. Pero la mitad la destinaba para la organización de mujeres viudas. Nunca ambicioné el dinero. Yo terminé la guerra con veinte duros en el bolsillo, después de haber manejado fabulosas cantidades en metálico y en oro.

## **NO QUISO HUIR**

¿Qué hizo al finalizar la guerra?

- Estaba en Ciudad Real y el Gobernador Civil me dio la oportunidad de huir en un avión fuera de España. Le dije que no, que prefería afrontar las situaciones tal como vinieran. Pedí a un amigo un salvoconducto para una tal Salvadora. Lo arreglé y le puse mi nombre, luego me marché para Madrid. De allí me fui a Baracaldo y más tarde a San Sebastián, donde nos cambiamos de nombre mi mujer y yo.

¿Qué profesión eligió?

- Pintor. Pero las cosas me fueron mal. Una noche tomé unas cuantas copas de más con un compañero. Empezamos a cantar de madrugada y nos detuvieron una pareja de serenos. Durante el camino traté de convencer a uno de ellos que era una tontería que nos llevaran al Gobierno Civil. Entonces sacó una navaja. Me asusté y desenfundé la pistola que llevaba, poniéndosela sobre el hombro. Al disparar al aire, el compañero sacó la suya y para defenderme le disparé a una pierna.

## **LA CARCEL**

¿Consejo de guerra?

- Efectivamente. Me condenaron a casi noventa años por rebelión militar, agresión a un agente, tenencia y uso ilícito de armas, falsificación de documentos. Fue horrible.

Pero la cárcel duró poco

- Fueron nueve años terribles. Salí gracias a la intervención del Conde de Marsán, presidente del Patronato de Presos y Penados, en agradecimiento a mi comportamiento "humanitario" durante la guerra. Pero para sacarme de la cárcel alegaron que estaba loco y tuve que pasar dos meses en un manicomio. Sufrí mucho porque fue la última vez que vi a mi esposa. Me devolvieron a prisión, pero ya trastornado para siempre. Al año me soltaron y estuve en libertad provisional hasta el 61.

¿Qué hizo después?

- Marcharme a París como refugiado político. Allí trabajé durante diez años como pintor y conocí a una viuda millonaria con la que estuve casado civilmente durante tres años.

¿Vivió bien?

- ¡Oh! Sí, aunque yo no dejé de trabajar en ningún momento.

*En el año 1972 decide volver a Sevilla. Trabaja como vigilante de noche, portero correturnos, hasta que llega a la Residencia de San Juan de Dios. Allí atiende la portería con toda perfección. Si no fuera por su pulso, se diría que tiene la misma vitalidad de un joven de treinta años. Ya puede llamarse tranquilamente Salvador. Nadie le molesta y su única preocupación es que España no vuelva a vivir la horrenda historia de la guerra civil.*